

CONTINUACION
DE LA HISTORIA

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO DECIMOQUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

*Prosigue la Historia de Scipion. Via-
ges que hizo para encontrar á Gil
Blas. Llega á París, y el diver-
tido lance que alli le sucedió.*

Aun no bien comenzaba el Sol á declinar el dia siguiente hácia el ocaso, quando salimos de la casa de Demetrio, y nos encaminamos hácia la orilla del mar, y al mismo sitio donde habiamos estado el dia antecedente. Nos sentamos sobre la fresca yerva, y el Soldado principió la Historia de Scipion en la manera siguiente.

Queriendo el buen Secretario de Santillana complacer á Don Lope y á todos nosotros, nos conduxo al huerto, y haciendonos sentar, despues de habernos suplicado que le oyese-
mos

mos con silencio y con paciencia, dixo asi.

Luego que recibí la carta de mi muy amado y muy venerado Amo, en qué me decia haber resuelto retirarse del trato y comunicacion con los hombres, inmediatamente, y sin perder un instante de tiempo, monté á caballo, y partí á Zaragoza, para informarme con arte y destreza hácia dónde habia enderezado su viage, juntarme con él, y hacerle inseparable compañía hasta la muerte, caso que no le pudiese reducir á que se restituyese á su casa, para cuidar de su hacienda y familia. Llegué con toda presteza á la Capital de Aragón, donde perdí malamente el tiempo en solicitar noticia cierta de él. Un criado del Señor Leyva, que segun todas las apariencias me engañó, solamente me dixo, que pocos dias antes le habian visto en Pamplona. Volé al momento hácia aquella Ciudad, donde habiendo hallado ser falso lo que aquel criado me habia dicho, estuve indeciso por algun tiempo, si proseguiría ó no en mis diligencias. Me ocurrió el pensamiento de que quizá se habria ido á Galicia, con el santo fin de visitar el sepulcro del Patron de las Españas, y lleno de esta imaginacion, que me parecia inspirada, tomé la vuelta de aquel Reyno, preguntando por su persona en todos los lugares por donde transitaba, no de otra manera, que si fuese en busca de un niño de pocos años, que se hubiese perdido, dando en todas las posadas individuales señas de su edad, de su estatura,
de

de sus facciones, de su voz, del color de sus cabellos, y de todo aquello que podia conducir á que al fin le descubriese. Todas estas diligencias fueron infructuosas. Recorrí todos los rincones de España, sin poder hallar el menor rastro ni indicio, de que hubiese parecido en ninguno de ellos. Desandé lo que habia andado, y volviendo á leer mas despacio su carta, y á considerar bien sus expresiones, se me ofreció, que acaso se habia ido á esconder en algun Monasterio solitario, y con esta idea visité todos los de España, pero particularmente aquellos que estaban en los bosques y en los desiertos. No habiendo encontrado la menor noticia de él en ninguno de ellos, pasé al Reyno de Francia, donde sabia, que entre las mas ásperas y mas deshabitadas montañas habia insignes y exemplares Monasterios, donde se vivia con la mas rígida austeridad, y con el mayor retiro de todo humano comercio. Pero habiendome salido inútiles todos estos pasos, y hallándome en las cercanías de París, me vino gana de ver aquella gran Metrópoli, y entré en ella tanto mas sorprendido, quanto apenas me ví en el barrio de San German, quando á poca distancia de mí oí resonar el nombre de Gil Blas. ¡O! dixé entonces á mi colete, lleno de inexplicable alegría: gracias á Dios, que ya sé donde está mi Amo. Vamos claros, que ha encontrado el mas bello, y el mas solitario retiro del mundo. Venirse á la Ciudad mas florida, mas galante y aca-

so tambien la mas poblada de toda la Europa. Miré entónces hácia todas partes, por ver si entre aquel inmenso pueblo descubria las facciones de Santillana, y segunda vez oí repetir con grande prisa *Gil Blas, Gil Blas*; y pasado apenas un momento, oygo la misma voz, que decia: *Scipion, Scipion*. Lleno todo de admiracion, vuelvo la cabeza á todas partes, y de repente me quedo melancolico, pensativo, extático y suspenso, quando ví dos perrillos, que llamados de aquellas voces, acudieron retozones y festivos á hacer grandes fiestas á un mozalvete Parisiense, que estaba sentado en un banco á la puerta de un café. Pero llevando muy á mal, que los nombres de dos hombres como mi Amo y yo, se pusiesen á dos bestias, me llegué al mozuelo, y le pregunté en francés, ¿por qué razon habia puesto tales nombres á aquellos animalillos? El joven por entónces no me dió otra respuesta, que la de echarse á reir á toda fuerza; pero despues que se sosegó un pòco, me respondió con bastante cortesia: Señor, aunque no es lícito á un hombre desconocido, y segun todas las señas extrangero, entremeterse á querer saber lo que ni le toca ni le tañe, y por lo mismo pudiera yo no hacer caso de la pregunta de Vmd., no obstante quiero satisfacerle. Sepa pues Vmd. que la historia de Gil Blas y de Scipion, aunque generalmente se tiene por fabulosa, en París anda en las manos de todos, y sus dos nombres se han hecho ya tan comunes

y tan triviales, que no se les podía negar á dos bestiezueltas que tienen todas las qualidades necesarias para merecerlos. Aquellos dos hombres nos los pinta su Historiador como dos raros modelos de verdadera amistad, y su inseparabilidad en todo género de fortunas siniestras y favorables, dexa muy atrás á la de Pílates y Orestes, como tambien á la de Acates y Eneas. Estos dos perrillos, desde el primer instante que se vieron juntos, imitan con tanta exâctitud las acciones de los dos inseparables Españoles, que jamás se ha visto al uno sin el otro; y asi como á ninguno disonaria, que á uno se le llamáse Pílates y al otro Orestes, asi tampoco se debe tener por extravagancia, ni mucho menos darse nadie por ofendido, porque al uno le llame yo Gil Blas y al otro Scipion. Gustóme mucho la satisfaccion que me dió el mozalvetillo, y aun me vino vanidad de haber sido comparado á Pílates y Orestes; pero por otra parte me pareció que podía perjudicar mucho á nuestra reputacion, si se dexase creer, que nuestras personas habian sido dos supuestos ideales, dos entes de razon, ó dos hombres imaginarios. Por tanto insinuándome á discurrir un poco con el Parisiense: Señor, le dixé, yo no me doy por ofendido de que Vmd. llame con los nombres de dos hombres á dos perros tan maravillosos por su extraordinaria amistad; pero con su licencia, no puedo llevar á bien que se tengan por fabulosos dos hombres reales y verdaderos, que viven, comen y beben, y cuyos

sucesos son todavía mucho mas particulares, que aquellos que se cuentan en su historia. Al oír esto el joven, rebentaba de risa; ¿y quién sabe, me dixo, si acaso es Vmd. aquel peregrino ingenio, y de tan fecunda fantasía, que amontonó tantos sucesos curiosos, como componen los quatro tomos de este romance, ó novela de nueva moda? Yo no soy Escritor, le respondí; pero puedo asegurar á Vmd. que conozco mucho á los dos Héroses de la tal histórica composicion, los quales me tocan mas de lo que Vmd. acaso imaginará. Ya le he entendido á Vmd. me replicó el mozalvete. Vmd. es un hombre caprichoso, que se quiere divertir á costa de los crédulos, dándoles á entender, que realmente hay en el mundo quimeras y centauros. Animo, Señor extranjero, y no dude Vmd. que hará una buena figura en París, y que será la diversion de la Corte y del Rey, quando sea conocido en el pueblo su raro talento. Hay en París muchas gentes que gustan infinitamente de las personas dispiertas, ingeniosas y desembarazadas, admitiéndolas á sus conversaciones, para hacerlas mas alegres y divertidas.

Dióse por ofendida la delicadeza de mi pundonor, y de mi sinceridad, con aquellas picarescas palabras que pronunció el muchacho con una risita falsa, y con cierto ayre truhanesco; y revistiéndome de toda la gravedad Española, con una buena dosis de la natural rusticidad Tudesca, de cuya sangre, como ya saben ustedes,

me había tocado una buena porcion por parte de madre: Señor mio, le respondí, eso ya es demasiado; sepa usted que yo no soy algun charlatán, ni mucho menos un bufon; sino un hombre, que sabré defender con la punta de mi espada la verdad de lo que he dicho; y estoy pronto á dar, asi á Vmd. como á todo el mundo, pruebas indubitables, y mayores de toda excepcion, que Santillana y el hijo de la Cusculina son dos entes animados y corpóreos, que existen real y verdaderamente. Apenas se me escapó de la boca el nombre de *la Cusculina*, que pronuncié con una cierta colérica energía, quando ví salir del café una perrilla, que se vino corriendo hácia mí, haciéndome mil fiestas y cariños. Proseguia el joven riyendo á carcajada tendida, y yo en medio de lo sorprendido, y aun cortado que me dexó este último ridiculísimo suceso, echando de mí con enfado y con desdén á la perrilla, me partí hecho un veneno de aquel lugar, donde veía igualmente escarnecida mi memoria, que la de mi nacimiento. Mientras tanto al rumor y bulla que había metido con aquel mozo, concurrió muchísima gente, y divulgado el motivo, todo el barrio de San Germán se juntó al rededor de nosotros, gritando y palmoteando de manera, que me ví precisado á meterme en un meson que estaba cerca de alli, por no verme expuesto á los silvos de la gentualla, y á las befas de los pillos y ganapanes, que en París son insolentísimos. El

he-

hecho es; que esparcida por toda la ciudad de boca en boca la voz, de que habia llegado á París un Español, que pretendia haber conocido y tratado á Gil Blas de Santillana, y á su famoso criado Scipion, concurrieron aquel mismo dia á mi posada muchísimas personas por la curiosidad de verme, y entablar conmigo conversacion. Al mesonero, que al mismo tiempo era tabernero, le tuvo esto mucha cuenta, porque con esta ocasion vendió aquel dia mas vino, que hubiera vendido en una semana entera. Entónces depuse toda mi cólera, y revistiéndome de un ayre serio y señoril, hice comprehender á todos, que yo no era por ahí un visionario, ni algun miserable charlatán. Entre los muchísimos que entraron en mi posada, reconocí dos Señores por su noble porte y modales caballerosas. Atrevíme á suplicarles, que se acercasen mas á mí, y quando se llegaron á donde podian oirme, les rogué en voz baxa, que se sirviesen retirarse conmigo á otro quarto, si querian oir cosas que no les disgustaria saber. Parecióme que no habian tenido poca vanidad de ser distinguidos entre tantos, y convidados á una conversacion reservada, ó á un coloquio particular. Entramos pues todos tres en una estancia, y cerrando la puerta, ante todas cosas les pedí perdon de la libertad que me había tomado en citarlos para un congreso reservado y sigiloso. Despues les referí con distincion y con puntualidad todo lo que me había sucedido en el café; y hecho esto, les des-

cu-

cubrí claramente quién era, autorizando mi declaración con circunstancias, que no podían dexarles la menor duda, de que les decía la verdad. Quando me pareció que estaban bien persuadidos, imploré su proteccion, á fin de que con toda su autoridad se empeñasen en sostener contra todo el populacho de París, que mi Amo y yo éramos dos hombres de carne y hueso como todos los demás, y que era verdaderísimo todo lo que en la historia estaba escrito de nuestra vida. No obstante todo esto, dudaria mucho que mis palabras hubiesen hecho en aquellos dos Señores toda la impresion que yo me prometia, si uno de ellos, que siempre me estuvo fixamente mirando de pies á cabeza, no hubiese reconocido, que yo era verdaderamente aquel mismo personage, que en el palacio del Arzobispo de Sevilla habia hecho el papel del Rey de León. Yo, dixo el tal, me hallaba presente quando se representó la comedia de Benavides, y me acuerdo muy bien, que el nombre de Scipion se hizo famoso en toda aquella ciudad, por la graciosa burla que hizo Vmd. de los Moros, no dexándose coger de ellos en la cama de yerva, donde pensaban sorprenderle hallandole dormido. Esa es una parte de mi historia, repuse yo entónces, que Vmd. la habrá leído en el tomo quarto de la vida de Gil Blas. No por cierto, me respondió el Francés: no la he leído, porque ese tomo se imprimió en estos últimos años, en que mis ocupa-

pa-

paciones no me permitieron divertirme en aquella gustosísima lectura, sin embargo de que la consideraba, como todos los demás, como un ingenioso, no ménos que provechoso parto de la fantasía, de la invencion y del capricho. Pero ahora (prosiguió) tengo el gusto de haberme desengañado, habiendo tenido el honor de conocer una persona, que hace tanto papel en ella, de cuya verdadera y real existencia no puedo admitir ya la menor duda, despues de haberla visto por mis propios ojos, de lo qual prometo á Vmd. que daré fiel y puntual testimonio á todo el género humano.

Con efecto, el dia siguiente no se hablaba de otra cosa en todo París, que de la verdadera y real existencia de mi Señoría, y todos á porfia solicitaban verme, tratarme y conocerme. Nunca salia de casa, sin verme rodeado y seguido de millares de personas. Llamábanme á los palacios de los Príncipes de la Sangre, y á los de otros primeros Señores de la Corte, para oír de mi boca las aventuras mas singulares que habian leído en la historia. Ya ustedes podrán discurrir cuánto tendria yo que hacer, para contestar á tantas preguntas, y satisfacer á una multitud de réplicas, dificultades y reparos. Mil veces me arrepenti, en medio de tantos favores como recibia, de la facilidad, vanidad y ligereza con que me habia empeñado en justificar la realidad de mi existencia. Víme precisado á detenerme en París muchísimo tiempo, para satisfacer la cu-

rio-

riosidad de los Franceses, la qual por otra parte me fructificó una buena cantidad de libras Tornesas. Salí en fin de París luego que pude, y tomé el camino de Alemania por los Estados de Flandes, resuelto á girar toda la Europa hasa encontrar á mi Amo. Los regalos que me habian hecho en París me valieron hasta dos mil escudos, con que caminaba con toda comodidad, y en todas partes hacía buena figura. Ví despacio todas las ciudades que encontraba en el camino; pero en Amsterdám me detuve mas que en ninguna otra.

CAPITULO II.

Encuentra Scipion en Amsterdám á su antiguo amo Don Abél. Unense los dos en el viage, y comienza éste á contarle su historia.

Una tarde que yo me paseaba por aquel grande Empório de Holanda, ví un hombre muy garboso, y nóblemente vestido, á quien quise conocer, pareciéndome haberle ya visto en otra parte. Consideréle atentamente, y luego caí en cuenta, conociendo que era Don Abél mi antiguo amo de Sevilla. Señor, le dixé, qué fortuna es la mia de encontrar á su merced en una ciudad

dad tan distante de aquella en que me despedí de su servicio? Tardó Don Abél en conocerme, porque mi edad, que ya me iba arrimando á viejo, habia desordenado algun tanto mi fisonomia, pero habiéndome mirado un poco, y con alguna mayor atencion: ¡Oh! sí (exclamó) tú eres aquel desgraciado Scipion, que se adelantaba á prevenir mis órdenes, haciendo llevar mi baul al puerto de Sevilla. El mismo soy, le respondí, y ya que el cielo me ha presentado esta ocasion de volver á ver á Vmd., le pido humildemente perdon de una accion, que verdaderamente era ruin, taimada y maliciosa. Celebro, me respondió, esa christiana confesion de tu culpa, y declaracion de tu arrepentimiento, téngola por sincera, y vuelvo á recibirte en toda mi gracia, especialmente viendo como veo en tí todas las señas de una grande mudanza, haciendome conocer que ya eres otro hombre muy diferente, pasando de un grandísimo bribon á ser un hombre muy honrado, y muy de bien. Dá mil gracias á Dios, que te ha hecho un beneficio tan particular. Así lo hago, le respondí; ya no tienta mi codicia la hacienda agena, y ahora me estaría yo gozando en mi amada patria de mi paz y mi quietud, si el ansia de encontrar un amo que tuve, y mucho me estimó, no me hiciera andar girando por la Europa. Contéle entonces todo lo que me habia sucedido, y se quedó aquel hombre extremadamente maravillado de todo lo que me oyó. Luego que acabé mi relacion me dixo: pues